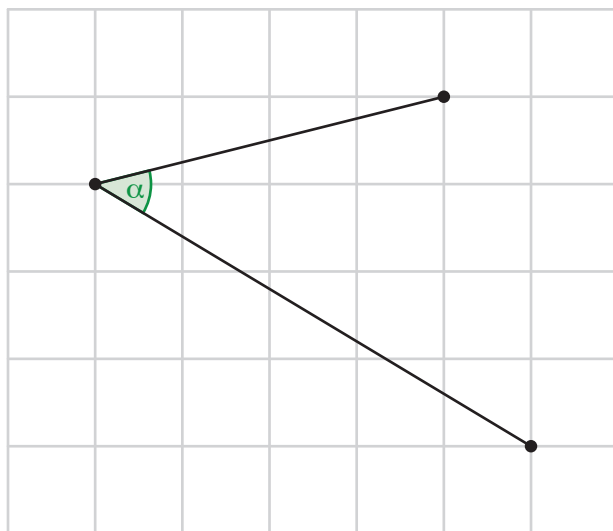




Hallar el valor del ángulo α dado en la figura, que está limitado por dos segmentos con extremos en puntos de la cuadrícula.



La Geometría en la formación matemática

Santaló: maestro y matemático

Buenos Aires, 1 de diciembre de 1997, Academia de Educación. A Luis Santaló se le otorga el título de Académico Emérito de esta Academia en una ceremonia oficial. Le toca responder a las presentaciones que han tenido lugar. Se acerca al estrado y dice:



Agradezco emocionado las palabras de nuestro Presidente y a todos los miembros de esta Academia Nacional de Educación por la amabilidad de haberme otorgado el diploma de Académico Emérito que hoy recibo. Dentro de mis dificultades de expresión, debidas a una enfermedad repentina que me privó la fluidez del habla y con ella una paulatina disminución de la capacidad de razonamiento, aunque no la de agradecer y estimar en lo más hondo las atenciones recibidas, voy a intentar explicar el porqué de la emoción y del honor que siempre he sentido por pertenecer a esta Academia.

Mi abuelo paterno fue maestro de primeras letras en Albanyá, un pueblo tan pequeño que ni figura en el mapa grupo escolar de la ciudad de Girona <esto me resulta confuso> en la que yo nací. Poco después de su muerte, se impuso su nombre, Silvestre Santaló, a una nueva escuela nacional en la misma ciudad. Mis dos hermanas mayores fueron también maestras en distintos pueblos de la provincia y mi hermano mayor, Marcelo, fue profesor de enseñanza media en España y en México. Se comprende que, con estas raíces, yo fuera formando mi vocación por la enseñanza desde los primeros años. Así, terminada mi licenciatura en la Universidad de Madrid, fui dos años profesor en el Instituto de Segunda Enseñanza "Lope de Vega" de la misma capital.

Después vino la guerra civil española, 1936-1939, y actué como profesor de una escuela de pilotos de aviación, aprendiendo y enseñando aerodinámica, navegación aérea, interpretación de mapas meteorológicos y otras cosas que yo no sabía pero que debí aprender sobre la marcha. "Aprenda el maestro de sus alumnos", como dice uno de los lemas básicos de la pedagogía. Así aprendí a aprender para enseñar y a enseñar para aprender.



En 1939, a punto de empezar la segunda guerra mundial, tuve la gran suerte de llegar a la Argentina contratado por la Facultad de Ingeniería del Litoral en Rosario. Allí, el andar lento y sin pausa de las aguas del Paraná fue un bálsamo para mi cuerpo cansado de luchas. Por doble suerte allí encontré también a la que es mi esposa y compañera de toda la vida, madre de mis hijas y abuela de mis nietos, que me ayudó a levantar mi espíritu deprimido por la guerra y la nostalgia de la tierra lejana. Las clases en la facultad me permitieron seguir con mi vocación docente durante diez años.

Pasé luego a las Universidades de Buenos Aires y de La Plata, dando también clases en la Escuela Superior Técnica del Ejército y en la Comisión Nacional de Energía Atómica, siempre aprendiendo y enseñando, hasta 1960, que pasé a ser full time en la Universidad de Buenos Aires y en la carrera de Investigador del CONICET. Durante todos estos años fui feliz por poder vivir practicando mi vocación y colaborar y admirar los esfuerzos de tantos colegas que luchaban, en todos los niveles, por mantener la tradición de excelencia que la Argentina había conseguido en el ámbito de la educación.

Por esto, el día que recibí en 1988, en nombre de la Academia, el ofrecimiento del Profesor Salonia y del Dr. Taquini de ser nombrado uno de sus miembros, sentí como si recibiera el mejor de los regalos. Desde entonces, durante algunos años me consideré muy honrado de compartir las tareas de la Academia, aprendiendo mucho de las comunicaciones e intervenciones de sus miembros, así como de las publicaciones de la Academia: el Boletín, los Estudios y los libros, siempre a la vanguardia de los progresos en educación. Por esto, al escribir estas palabras protocolares falto de ideas nuevas, he recurrido a los recuerdos. Cuando las ideas disminuyen, los recuerdos aumentan. En mi caso siempre girando alrededor del arte de enseñar, que no es otro que el de impartir conocimientos a los alumnos hasta lograr que los absorban y asimilen como cosa propia, olvidando cuándo los aprendieron y quiénes se los han enseñado. Tal es la gloria del maestro: sembrar ideas para que las perpetúen los alumnos. Así se pueden aplicar a ellos los versos que Manuel Machado escribió para los autores de coplas:

*Hasta que el pueblo las canta
las coplas, coplas no son
y cuando las canta el pueblo
ya nadie sabe el autor.*

*Procura tú que tus coplas
vayan al pueblo a parar,
aunque dejen de ser tuyas
para ser de los demás.*

*Que el fundir el corazón
en el alma popular
lo que se pierde en nombre
se gana en eternidad.*

Así, con estas sencillas palabras dibujaba Santaló una de las múltiples facetas de su personalidad, la de educador que ha aprendido a aprender para enseñar y a enseñar para aprender. Tal vez, como en ellas se deja traslucir, una de las que más ha llenado su vida de satisfacciones.



Discutí entre muchos las distintas soluciones y enviá las más interesantes a la Lic. Norma Pietrocola: norma@oma.org.ar o al Dr. José Araujo: xaraujo@hotmail.com.
¡Esperamos las respuestas!



Podrás mirar la solución en la próxima Leñitas Geométricas.

espacio para la Secretaría Regional, Delegaciones Zonales o Coordinaciones Intercolegiales



Colabore con la Secretaría Regional de OMA organizando un **Festival de Problemas** en su escuela e invitando a participar a escuelas, a profesores y maestros, y a alumnos de su comunidad.